

**DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO**  
**Homilía del P. Bonifacio Tordera, monje de Montserrat**  
**18 de julio de 2010**

La hospitalidad es, verdaderamente, un comportamiento cristiano. Basta leer los escritos apostólicos para confirmarlo. Todos la recomiendan. Pero hoy, la práctica ha evolucionado, ha cambiado radicalmente. No comprendemos ya la actitud de Abrahán que llega casi a forzar a unos desconocidos a dejarse acoger. Quizás todavía esta práctica se estila en Oriente y África, donde la hospitalidad tiene un carácter sagrado. Y es que el huésped lleva en sí un gran misterio. De hecho, Abrahán, sin saberlo, hospedó a Dios y, en recompensa, éste le prometió que tendría un hijo.

Con todo, hoy todavía practicamos la hospitalidad, ya sea con familiares, amigos, compañeros de trabajo o de grupo, vecinos... Con todos ellos, sin embargo, nos atan motivos de afinidad. El problema es con qué disposiciones los acogemos, si los recibimos como cristianos que somos.

Y es aquí donde el Evangelio de hoy nos da su enseñanza. Se trata de acoger no sólo materialmente, sino buscando algo más. Cada invitado, cada huésped lleva un misterio que es mucho más que su presencia física.

Marta se desvivía por atender a Jesús, podríamos decir que atendía sus necesidades corporales. Y protesta porque María no le ayudaba... Ésta, en cambio, sentada a los pies de Jesús, le escuchaba atentamente. ¿Le daba algo María? Sí, su atención, su apertura, su deseo de escuchar al Maestro. Pero, por encima de todo, "recibía". ¿Y qué más quería Jesús, que ser escuchado? "He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!". Porque su deseo era el de implantar el Reino de Dios y cuando alguien lo acogía bien dispuesto, él disfrutaba. De ahí que conteste a Marta: "andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo una es necesaria. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán". ¿Rechaza las atenciones de Marta? Yo creo que no. Recordemos el caso de los discípulos cuando vuelven de comprar víveres y encuentran a Jesús hablando con la mujer samaritana. Les dice, cuando le ofrecen comida: "Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis...: mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra ... Los campos ya están dorados para la siega". Igualmente, cuando la madre y los hermanos quieren verlo y él se encuentra rodeado por discípulos que le escuchan, dice: "Estos son mi madre y mis hermanos". Y es que Jesús había venido para esta misión: anunciar el Reino de Dios, multiplicar sus discípulos. La misión de Jesús era dar, como Dios que era: dar su enseñanza, la Palabra del Padre y, finalmente, la propia vida. Porque Dios es amor, esencia del amor es derramarse. El gozo de Dios es ser acogido, ser escuchado, ser recibido cordialmente, ser amado. Por eso es una gran tristeza oír decir a cristianos que van a misa sólo cuando tienen ganas. No han comprendido nada del don de la Eucaristía. Porque no son ellos quienes cumplen un deber, sino que es Dios quien los quiere enriquecer con su vida. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna". Esto no es ninguna obligación, sino una gran dignidad que tenemos los cristianos.

Y eso, aplicándolo a la relación entre creyentes deberíamos creer que cada persona es portadora de dimensión divina, y que quiere ser escuchada y acogida. Entonces, quizá no murmuraríamos, como dice San Pedro, al acoger las visitas. Y Dios se nos manifestaría. No rechazemos, pues, la visita de Dios, que se acerca a nosotros en los hermanos.